

El asesinato de Prim en la prensa española (diciembre de 1870): una reconstrucción

Diego Cameno Mayo

Universidad Complutense de Madrid

Introducción

La muerte del general Juan Prim y Prats, vizconde del Bruch, conde de Reus y marqués de los Castillejos con Grandeza de España, ha mantenido una serie de interrogantes, rumores y leyendas que afloraron en el mismo instante de su fallecimiento y se perpetuaron hasta nuestros días. El origen de todo este ruido puede hallarse en la coacción que sufrieron los escritores y periodistas de la España de finales del XIX para no desvelar información comprometedora. El temor a señalar a poderosos personajes y el partidismo político provocaron que, si alguien conocía el rostro del autor del crimen, jamás se escribiese su nombre.⁷¹⁴

Algunos de estos tempranos cronistas han sido fuente principal de muchos historiadores, periodistas y novelistas. Nada de malo habría en ello de no ser porque, de esta manera, se han repetido mitos que poco o nada tienen que ver con lo que realmente sucedió y

⁷¹⁴ Javier Rubio, *Juan Prim: sus años de gobernante, su asesinato: una revisión necesaria*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española (Ministerio de Asuntos Exteriores), 2017, p. 496-497 y Antonio Pedrol Rius, *Los asesinatos del general Prim (aclaración a un misterio histórico)*, Madrid, Civitas, 1990, p. 41.

esto tampoco ayuda a esclarecer los hechos.⁷¹⁵ Así, por ejemplo, los escritos de Benito Pérez Galdós –una fuente muy querida por los historiadores–,⁷¹⁶ no pueden ser tomados al pie de la letra ya que, de forma novelada, en su obra *España trágica*, el escritor canario reprodujo la versión oficial de la época, evitando poner por escrito datos relevantes que parecía conocer.⁷¹⁷ Llama la atención cómo las

⁷¹⁵ Emilio de Diego, *Prim. Mucho más que una espada*, Madrid, Actas, 2014; Francisco Pérez Abellán, *Matar a Prim*, Barcelona, Planeta, 2014; Ian Gibson, *La berlina de Prim*, Barcelona, Planeta, 2013; Javier María Donézar, *Prim. Un destino manifiesto*, Madrid, Sílex, 2016; Nacho Faerna, *Prim. El asesinato de la calle del Turco*, Barcelona, Espasa, 2014; Pere Anguera, *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa, 2003; Rafael Olivar Bertrand, *Prim*, Madrid, Tebas, 1975; María del Mar Robledo y Ioannis Koutsourais, *Las muertes de Prim. Estudio médico legal del general Prim*, Madrid, Tébar Flores, 2014; José Poch Noguera, *Prim*, Barcelona, Editorial Juventud, 1934; José Andrés Rueda Vicente, *¿Por qué asesinaron a Prim?, la verdad encontrada en los archivos*, Pamplona, EUNSA, 2000; José María Fontana Betrán, *El Magnicidio del General Prim*, Astorga, Akrón, 2013; Jorge Vilches García, «Mito y realidad del general Prim», *La Ilustración liberal: revista española y americana*, n.º 60-61, 2014; Carlos Jiménez Escolano, «...Prim, un crimen sin esclarecer», *Pasea por Madrid: historia, turismo cultural y tiempo libre*, n.º 3, 2014; Valentín de Céspedes Aréchaga, «El asesinato del General Prim. Revisión de algunos aspectos de lo publicado», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, n.º 18, 2015; José Calvo Poyato, *Sangre en la calle del Turco*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 2011; Fernando López Azorín, «Un testimonio sobre la participación del diputado José Paúl y Angulo en el atentado contra el general Prim», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo 212, Cuaderno 3, 2015; ninguna de estas obras señala, rotundamente y sin reparos, la identidad del (o los) asesinos.

⁷¹⁶ Como demuestra la obra de Javier María Donézar, *Prim. Un destino manifiesto*, *op. cit.*

⁷¹⁷ Pío Baroja afirmó que Galdós le contó lo que sabía sobre el atentado, pero se disgustó mucho con él cuando vio que el canario no publicó nunca su historia, sino que se ciñó a la versión oficial. Cuando a Baroja le preguntaron cuál era esa versión de Galdós, respondió que no la recordaba bien: Javier María Donézar, *Prim. Un destino manifiesto*, *op. cit.*, p. 574. En su obra, Javier Rubio cuenta otra versión del episodio entre Baroja y Galdós: Javier Rubio, *Juan Prim; sus años de gobernante, su asesinato: una revisión necesaria*, *op. cit.*, p. 507.

obras de esta clase de autores han sido tomadas como referencia por multitud de historiadores que, a su vez, han dejado de lado relatos de suma importancia como los de Rodríguez López, uno de los acusados de un intento previo de acabar con la vida del general Prim.

El implacable paso del tiempo conlleva, como es lógico, la desaparición de los personajes implicados, atenuando –aunque no eliminando– los miedos e intereses de los escritores. Este hecho tiene su parte positiva, y es que permite abordar la cuestión con la necesaria perspectiva histórica. No obstante, este trabajo pretende acercarse a la realidad de la época, valiéndose para ello de los escritos que los periodistas del momento publicaban en los distintos medios. Con ello se busca analizar la visión que se tuvo del crimen en los días inmediatamente posteriores al suceso y conocer la información que se transmitía a los ciudadanos en esos momentos de incertidumbre.

La prensa española en el trienio 1868-1871.

En el instante en el que estalla la revolución, conocida como la *Gloriosa* o *Septembrina* (septiembre de 1868), la prensa española se halla en una coyuntura complicada. Los últimos años del reinado de Isabel II se caracterizaron por la limitación de la libertad de expresión y el cierre de periódicos. Hasta tal punto llegaba la restricción que existía un buen número de ciudades españolas de cierta entidad que carecían de prensa.⁷¹⁸ El triunfo de la revolución supuso un cambio drástico en este sentido, siendo prioridad del Gobierno provisional (y, posteriormente, del elegido en las elecciones de enero de 1869) la libertad de imprenta, la suavización de las penas para los delitos de prensa y las facilidades para la creación de nuevas publicaciones;⁷¹⁹ algo que se recogerá en la futura Constitución de 1869. En estas circunstancias, no es de extrañar que la prensa española conozca durante el Sexenio Democrático un crecimiento excepcional e

⁷¹⁸ Antonio Checa Godoy, *El ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 19.

⁷¹⁹ Sobre el número de publicaciones disponibles durante el Sexenio véase *ibíd.*, p. 36-37.

incomparable con otros periodos de nuestra historia.⁷²⁰ Además, a todo esto contribuyó la estrecha relación entre la política y la prensa, encontrando un buen número de diputados que ejercían la profesión periodística o estaban muy vinculados a ella.⁷²¹

Todos los medios consultados en este trabajo tenían como sede la capital de España. La razón no solo se encuentra en que esta fue la ciudad en la que se cometió el crimen, también habría que citar el número de publicaciones y su importancia. En 1870, Madrid edita, aproximadamente, el 24 por ciento de la prensa total de España, entre la que se cuentan los periódicos más importantes del país.⁷²² A grandes rasgos, las noticias no suelen variar de un medio a otro; de hecho, muchas de ellas aparecen reproducidas, palabra por palabra, en todos los periódicos consultados, independientemente de su orientación política. Las grandes diferencias se pueden observar en el tratamiento que cada diario otorga a las informaciones que publican y el sentido que cada uno de ellos le da, encontrando algunos cuya finalidad es recordar a la figura del general Prim y su importancia, mientras que otros muestran mayor preocupación por las consecuencias políticas que podría traer su desaparición. Tampoco estarán ausentes las discusiones y polémicas entre distintos medios, las informaciones erróneas o contradictorias, las suspicacias de unos y el sentimentalismo –en ocasiones fingido o exagerado– de otros. En definitiva, el crimen de la calle del Turco, pese a la reprobación y condena que a todos mereció, no dejó de convertirse en un arma arrojadiza con la que poder atacar al rival político. Antes de viajar al año 1870, convertidos en lectores y lectoras de prensa, es necesario señalar qué publicaciones han sido elegidas y qué motivos nos han llevado a decantarnos por estas y no otras. El objetivo principal de este trabajo es cubrir todo el espectro político, consultando los diarios

⁷²⁰ No obstante, no hay que olvidar que el Gobierno no hizo nada para detener a grupos, como la célebre «partida de la porra» (que contó con apoyo gubernamental), que se dedicaban a extorsionar, amenazar y agredir (llegando incluso al asesinato) a periodistas críticos con el poder. *ibid.*, p. 20-22.

⁷²¹ *ibid.*, p. 29-32.

⁷²² *ibid.*, p. 87.

más significativos de cada opción, desde los medios tradicionalistas hasta los órganos más radicales del republicanismo español.⁷²³

Empezando por los medios más cercanos al carlismo, ha sido consultado el periódico *La Esperanza*, creado en octubre de 1844, de edición vespertina. En palabras de Checa Godoy este era «el único diario en rigor confesadamente carlista» y el séptimo periódico con más leyentes en todo el país.⁷²⁴ También en el grupo hostil a la *Gloriosa* (aunque, en principio, la aceptó) se cuenta *La Época*, diario creado en abril de 1849, vespertino y que se mantuvo fiel a la dinastía borbónica, cambiando su apoyo de Isabel II a su hijo, el futuro Alfonso XII.⁷²⁵ Sin embargo, el más consultado por los lectores españoles –superando los 40.000 ejemplares vendidos, gracias a su amplia tirada– fue *La Correspondencia de España*, creado en octubre de 1848 y que contó con varias ediciones a lo largo de su historia. Diario cercano al partido unionista (Unión Liberal, liderada por O'Donnell hasta su muerte en 1867), aunque posteriormente se posicionase a favor de la candidatura al trono del duque de Montpensier.⁷²⁶

⁷²³ Cada partido político dispondrá de varios órganos de prensa en Madrid, siendo difícil encontrar un medio independiente que no responda a los intereses de ningún grupo político. *ibid.*, p. 89.

⁷²⁴ *ibid.*, p. 59 y 106.

⁷²⁵ *ibid.*, p. 65-66. El interés por este periódico no radica tanto en el número de lectores como en el grupo político que lo hacía posible, pues este respondía al interés de Antonio Cánovas del Castillo, artífice de la Restauración de la Monarquía en la figura de Alfonso XII. Cuando Cánovas llegó al poder y concertó la boda del Rey con la hija de uno de los sospechosos del crimen, tuvo mucha prisa por dar por terminado el juicio contra los presuntos asesinos del general Prim. Esta es la razón principal para analizar la forma en que este medio trató el atentado.

⁷²⁶ *ibid.*, p. 41 y 89. Don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, hijo del que fuera rey de Francia, Luis Felipe I de Orleans, y marido de la hermana de Isabel II, Luisa Fernanda. Tiempo antes del derrocamiento de Isabel II ya ambicionaba ser coronado rey de España, por lo que colaboró con los revolucionarios de 1868. Pese a contar con el apoyo de ciertos sectores militares y políticos, el general Prim nunca le consideró seriamente como candidato al Trono. Este hecho despertó el odio y la oposición de Montpensier, hasta el punto de ser considerado uno de los sospechosos principales (como instigador y financiador) del atentado que acabó con la

Dentro de los medios progresistas (y, por lo tanto, afines al Gobierno) han sido analizados *La Iberia* (diario matutino) y *El Imparcial* (varias ediciones). El primero de ellos comenzará el Sexenio como uno de los medios más leídos de España, sin embargo, en 1867 se creará *El Imparcial*, más a la izquierda que *La Iberia* y que, rápidamente, ocupará «el segundo lugar entre los periódicos madrileños, lo que en la época equivale a decir españoles» (con unos 25/30.000 ejemplares vendidos), mientras que *La Iberia* pasará a ser un periódico secundario.⁷²⁷

Dentro de la prensa demócrata-republicana, *La Discusión*, (suspendido en 1866 tras la sublevación del cuartel de San Gil y reaparecido en octubre de 1868 en edición matutina) era uno de los periódicos más importantes de Madrid. Dirigido en esta época por Bernardo García López, se convertirá al republicanismo, alejándose de los demócratas "cimbrios" que aceptaron la Monarquía.⁷²⁸ Más a la izquierda se halla *La Igualdad*, órgano madrileño de los republicanos federales que también vieron una notable expansión durante el Sexenio, siendo este uno de los medios más estables vinculados a esta ideología política. Su republicanismo está fuera de toda duda y pese a carecer del carácter informativo de otros periódicos (como *El Imparcial* o *La Correspondencia de España*, mucho menos partidistas que este), fue uno de los más influyentes.⁷²⁹ En relación al general Juan Prim, *La Igualdad* no dejó de atacarlo hasta su muerte, ejerciendo siempre una dura oposición.

vida de Juan Prim. José Carlos García Rodríguez, *Montpensier. Biografía de una obsesión*, Córdoba, Almuzar, 2015; Carlos Ros, *El duque de Montpensier. La ambición de reinar*, Sevilla, Castillejo, 2000 y María del Carmen Fernández Albéndiz, «El Duque de Montpensier y sus aspiraciones a la corona española», *Revista de Historia Contemporánea*, n.º 8, 1998, p. 51-76.

⁷²⁷ Antonio Checa Godoy, *El ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, op. cit., p. 39 y 89. *El Imparcial* competiría por ese segundo puesto con *Las Novedades*.

⁷²⁸ *ibid.*, p. 43.

⁷²⁹ *La Igualdad* distribuye casi el doble de ejemplares en toda España que otros medios como *La Discusión*: 15.000 ejemplares (rozando los 20.000 en algún momento) frente a los 8.000 de *La Discusión*. Es más, será el tercer periódico más vendido en todo el país, por detrás de *El Imparcial* y *La Correspondencia de España*. *Ibid.*, p. 48-51, 92 y 97.

Ahora sí es momento de viajar a los últimos días de 1870, empleando estos diarios para reconstruir lo que sucedió —o pudo suceder— en la calle del Turco y, posteriormente, en la residencia de Juan Prim, el palacio de Buenavista, hasta su funeral en la basílica de Atocha en los primeros días de 1871.

Martes 27: el atentado.

La noche del 27 de diciembre de 1870 venía acompañada de un frío helador que recorría las calles de la capital de España. Las vías, escasamente iluminadas y cubiertas por un espeso manto de nieve, no invitaban a los transeúntes a salir de paseo. La calma en el exterior contrastaba con el bullicio de tabernas, cafés y teatros, lugares en los que no faltaba la presencia de los madrileños más osados. Aunque ninguno de ellos lo sabía, sus cotidianas conversaciones estaban a punto de ser monopolizadas por un grave asunto: el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, Juan Prim y Prats, había sido herido en un atentado.⁷³⁰

Pasadas las siete de la tarde, el general Prim abandonaba el Congreso de los Diputados, acompañado en todo momento por sus ayudantes, Ángel González Nandín y Juan Francisco Moya. La quietud de las calles que rodean el Congreso tan solo era perturbada por una serie de sospechosos personajes que, apostados en las inmediaciones del edificio, aguardaban expectantes cualquier indicio o señal para actuar.⁷³¹ La berlina del presidente inició su marcha hacia el

⁷³⁰ *La Correspondencia de España* informaba que la temperatura máxima en Madrid ese día no superó los 3°C y que una inmensa capa de nieve cubría la ciudad: *La Correspondencia de España*, 28-XII-1870, p. 1 y 3. Por su parte, *La Esperanza* contaba cómo la noticia del crimen corrió rápidamente por los locales de Madrid. *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3.

⁷³¹ Medios como *La Iberia* ya sospechaban, un día después del crimen, que este había sido «preconcebido y profundamente meditado». Además, hacía notar la presencia en Madrid de «algunas gentes sospechosas de provincias, y otro sinnúmero de coincidencias raras», quizá dichas «coincidencias» se deban al hecho de que había gente en las inmediaciones del Congreso esperando la salida de Prim, algo que también hace notar *La Iberia*. 28-XII-1870, p. 2.

palacio de Buenavista. Al adentrarse en la estrecha calle del Turco (hoy Marqués de Cubas), el cochero se vio obligado a detener el vehículo debido a la presencia de dos carruajes que obstaculizaban su paso. Su disposición no era casual, los coches impedían la desembocadura en la calle de Alcalá, más ancha y con más opciones de maniobrar. Una vez lograda la detención, un grupo de entre ocho y once hombres se apearon de sus vehículos. Los criminales, ataviados con gorras u hongos,⁷³² desenfundaron sus trabucos y carabinas y, tras romper los cristales y puertas de la berlina del general, hicieron varios disparos a quemarropa, tanto desde el lado derecho como del izquierdo. En el interior del coche, el señor Moya, tras percatarse de las armas empuñadas por los agresores, solo tuvo tiempo de gritar: «¡Bájese usted, mi general, que nos hacen fuego!»⁷³³. Por su parte, González Nandín intentó proteger al presidente Prim, interponiendo su propia mano (que estuvo a punto de perder) entre los proyectiles y la víctima, pero no logró que hasta doce balas alcanzasen al general en el hombro, en el codo y en una mano.⁷³⁴ Al oír las detonaciones, el cochero no dudó en castigar a los criminales con su látigo y, tan pronto como le fue posible, espoleó a sus caballos, que reemprendieron la marcha, derribando uno de los dos carruajes que les cortaban el paso. A su vez, los asesinos huyeron

⁷³² *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p. 3

⁷³³ Frase publicada por *El Imparcial* y reproducida en medios como *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3, o *La Época*, 28-XII-1870, p. 2. Este detalle está lleno de contradicciones y las versiones varían ostensiblemente de un autor a otro. Véanse Rafael Olivar Betrand, *Prim, op. cit.*, p. 534; Javier María Donézar, *Prim. Un destino manifiesto, op. cit.*, p. 552; Pere Anguera, *El general Prim. Biografía de un conspirador, op. cit.*, 2003, p. 614. Es necesario recalcar la importancia de esta frase ya que, en opinión de Javier Rubio, puede ser empleada como prueba definitiva e inculpatoria de sospechosos como José Paül y Angulo, quien, según este autor, habría publicado una frase similar (que fue recogida en el sumario) en 1885 en un diario francés. Javier Rubio, *Juan Prim; sus años de gobierno, su asesinato: una revisión necesaria, op. cit.*, p. 647-648.

⁷³⁴ *La Iberia* afirmaba que Prim fue herido con dos balas en el antebrazo y otra en la mano izquierda: *La Iberia*, 28-XII-1870, p. 2. Sin embargo, la crónica de *El Imparcial*, copiada en *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3 y en *La Época*, 28-XII-1870, p.2, informaba de lesiones en la mano derecha y el hombro izquierdo del general.

rápidamente, permitiendo al chófer conducir su berlina, a toda velocidad y sin obstáculos, hasta el cercano palacio de Buenavista.⁷³⁵ Allí llegaría Prim pocos minutos después y, tras subir a pie la escalera y tranquilizar a su alarmada esposa, se encerró en su habitación, acompañado del doctor Vicente, quien le realizó una primera cura.⁷³⁶

En pocos minutos, la calma reinante en Madrid fue perturbada por una nube de gritos, disparos, latigazos y el galope de los caballos. Sin embargo, las fuerzas del orden no parecían alarmadas. Hasta tal punto llegaba su tranquilidad, que el inspector del distrito en el que había tenido lugar el atentado, el señor Valencia, daba parte sin novedad a las diez de esa misma noche.⁷³⁷ La escasa vigilancia policial y su nula competencia esa noche no pasó desapercibida para los periodistas madrileños.⁷³⁸

A medida que se extendía la noticia del atentado, la residencia del marqués de los Castillejos se iba llenando de gente. Allí acudió el regente, el general Francisco Serrano Domínguez, que tras conocer el estado del ilustre herido, acordó –junto a los miembros del gobierno allí reunidos– la sustitución de Prim por el brigadier Juan Bautista Topete. La medida sería circunstancial, confiando en que el conde de Reus se recuperara y reasumiera sus funciones al frente del Ejecutivo.

⁷³⁵ Las versiones también difieren en este punto. *La Iberia* afirmaba que los asesinos huyeron montando unos caballos que les esperaban en la calle de Alcalá. *La Iberia*, 28-XII-1870, p. 2. Sin embargo, *El Imparcial* se decantaba, aunque no sin recelos, por la huida de los asesinos a lomos de caballos apostados en el paseo del Prado: *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3; *La Época*, 28-XII-1870, p. 2; mientras que *La Discusión* aceptaba la versión que decía que las monturas esperaban en la calle de Trágueros, paralela al Prado: *La Discusión*, 29-XII-1870, p. 1.

⁷³⁶ No todos los autores dan credibilidad a esta versión. Olivar Bertrand parece dudar de que Prim estuviese en condiciones de andar: Rafael Olivar Bertrand, *Prim, op. cit.*, p. 534. La forense María del Mar Robledo piensa que, a causa de las heridas, el general debía estar inconsciente: Francisco Pérez Abellán, *Matar a Prim, op. cit.*, p. 114.

⁷³⁷ A causa de su actuación, el gobernador civil de Madrid, Ignacio Rojo Arias, le mandó a prisión. *La Correspondencia de España*, 28-XII-1870, p. 2.

⁷³⁸ *La Iberia*, 28-XII-1870, p. 2. *La Igualdad* iba más allá y pedía que las autoridades devolviesen el dinero que cobraban al pueblo, dada su incompetencia. *La Igualdad*, 2-XII-1870, p. 3.

De hecho, el paciente se hallaba fuera de peligro y, tras ser reconocido por el doctor Losada, fue sometido a una operación de amputación del dedo anular de la mano derecha y a la extracción de los proyectiles alojados en su hombro izquierdo. Hacia las dos de la mañana, y ya con tan solo una bala en su articulación, descansaba tranquilo en sus aposentos.⁷³⁹

Mientras la necesaria placidez se adueñaba de la habitación del herido, el ajetreo se trasladaba al juzgado de primera instancia del distrito de Universidad. Allí, el gobernador civil, Rojo Arias, y el nuevo inspector jefe, José Maestre, ya habían iniciado un proceso para esclarecer lo ocurrido. Rápidamente, a la prisión del inspector Valencia se sumaron la de dos taberneros, uno de ellos italiano.⁷⁴⁰

Miércoles 28, jueves 29 y viernes 30: evolución favorable y persecución de los sospechosos.

Tras una noche larga, en la que el palacio de Buenavista no cesó de recibir visitas de «personas pertenecientes a diferentes partidos y clases sociales a preguntar por el estado del general Prim»⁷⁴¹, el herido parecía evolucionar favorablemente (incluso conversaba con sus allegados), la fiebre remitía, las lesiones no ponían en riesgo su vida y el descanso ayudaba considerablemente a su recuperación.⁷⁴² De las dependencias policiales también se

⁷³⁹ La gran mayoría de diarios daban noticias tranquilizadoras sobre el estado de salud del general Prim; «ligeramente herido» eran las palabras más repetidas. Sin embargo, también había medios (como *La Esperanza*) que sospechaban que las lesiones que sufría el conde de Reus ponían en riesgo su existencia: *La Iberia*, 28-XII-1870, p. 2; *La Correspondencia de España*, 28-XII-1870, p. 1; *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3.

⁷⁴⁰ *La Correspondencia de España*, 28-XII-1870, p. 2.

⁷⁴¹ *ibid.*

⁷⁴² *La Época*, 29-XII-1870, p. 2; *La Correspondencia de España*, 28-XII-1870, p. 2; *El Imparcial*, 29-XII-1870, p. 2-3. No obstante, *La Esperanza* recogía unas declaraciones de Manuel Ruiz Zorrilla en las que afirmaba que las heridas eran graves y que podían causar la muerte del paciente en breve

desprendían buenas noticias: además de los dos taberneros encarcelados y el señor Valencia, se había procedido a la detención de un italiano que pidió auxilio a un peón caminero, quien, enterado de lo sucedido en la calle del Turco, receló y lo entregó a la policía. El sospechoso confesó haber participado en el crimen.⁷⁴³ Además, poco después, había sido apresado otro criminal confeso y se había localizado uno de los coches que obstaculizaron el paso a la berlina de Prim; sin embargo, el dueño declaró no conocer al cochero de su vehículo (le acababa de tomar a su servicio) e ignoraba su paradero desde la mañana del 27 de diciembre.⁷⁴⁴ Menos suerte tuvieron otros dos conductores sospechosos y un individuo que, tras huir de la calle del Turco, intentó refugiarse en casa de un amigo (guarda de los jardines de Cuesta de la Vega), quien rechazó su ayuda y le denunció a la policía.⁷⁴⁵

De esta manera avanzaba el día 28 de diciembre y Prim, más afectado por la fiebre al caer la tarde, decía reconocer a uno de los asesinos. La descripción que daba el ilustre herido era «joven, alto y bien parecido»⁷⁴⁶. Estas palabras serían de gran ayuda para todos aquellos que no paraban de recabar pruebas con el objetivo de apresar a los sospechosos. Así amanecía el día 29, con ocho sospechosos en prisión,⁷⁴⁷ listos para que el juez de la causa (Francisco García Franco) les tomase declaración y con la teoría de que el número de asesinos que actuaron en la calle del Turco oscilaría

espacio de tiempo, continuando así con sus sospechas acerca de la gravedad del herido. *La Esperanza*, 29-XII-1870, p. 3.

⁷⁴³ Llama la atención que el mismo medio, poco después, evitase confirmar que «ninguna de las personas presas haya confesado». *La Época*, 29-XII-1870, p. 3.

⁷⁴⁴ *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p. 2; *La Época*, 29-XII-1870, p. 2 y *La Discusión*, 29-XII-1870, p. 2.

⁷⁴⁵ *El Imparcial*, 29-XII-1870, p. 3.

⁷⁴⁶ *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p. 4; *La Época*, 29-XII-1870, p. 3 y 30-XII-1870, p. 3; *La Esperanza*, 30-XII-1870, p. 4; *La Discusión*, 30-XII-1870, p. 1 y *La Igualdad*, 30-XII-1870, p. 3.

⁷⁴⁷ Recapitulando, estos serían: el inspector Valencia, el tabernero cuya nacionalidad no se desvela, el tabernero italiano, el italiano delatado por el peón caminero, el criminal confeso, los dos conductores y el que buscó refugio en casa del guarda de los jardines de la Cuesta de la Vega.

entre diez u once. Parecía que las fuerzas policiales intentaban enmendar su inacción de los primeros momentos actuando con una mayor diligencia. Prueba de ello fue la complicada detención de uno de los conductores citados anteriormente que, aunque tomó la precaución de borrar el número a su vehículo, había sido localizado y apresado⁷⁴⁸.

El abarrotado palacio de Buenavista, en el que se agolpaban los visitantes interesados en conocer el estado de salud del ilustre herido, transmitía noticias de tranquilidad: la herida del hombro izquierdo no había afectado a la articulación y pese a las dolorosas curas a las que le sometían los doctores Losada y Simón, (posteriormente sería visitado por los facultativos Sánchez de Toca, Sunsi y Saura), el conde de Reus evolucionaba favorablemente, aunque debería permanecer largo tiempo en reposo.⁷⁴⁹ La fría jornada del 30 de diciembre se iniciaba con noticias similares: el general Prim había pasado buena noche, las heridas se presentaban «en situación favorable», el estado del paciente era satisfactorio, si bien la fiebre había aumentado ostensiblemente, aunque esto no era nada extraordinario atendiendo a las lesiones sufridas. La junta de médicos reunida en Buenavista (sin la presencia del doctor Sánchez de Toca a causa de su particular *modus operandi* al sondar las heridas, considerado más perjudicial que beneficioso en ese momento) había anunciado que Prim se hallaba fuera de peligro. Las excelentes noticias provocaron que tanto el regente Serrano como los ministros del Gobierno visitasen esa mañana a su correligionario herido.⁷⁵⁰

Mientras tanto, en las calles teñidas de blanco por la intensa nevada, las fuerzas policiales compaginaban sus labores de detención

⁷⁴⁸ *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p. 2; y *La Iberia*, 30-XII-1870, p. 1.

⁷⁴⁹ *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p.1-3. *La Época* y *La Discusión* transcribían noticias menos halagüeñas de otros medios (como *La Esperanza*) que, aunque no calificaban las heridas de «mortales de necesidad», sí se aventuraban a tildarlas de graves, al menos lo suficientemente graves como para mantener a Prim apartado de la política durante, como mínimo, tres meses. *La Época*, 30-XII-1870, p. 2; *La Discusión*, 30-XII-1870, p.1 y 3.

⁷⁵⁰ *La Correspondencia de España*, 30-XII-1870, p.1-4.

de sospechosos y aclaración de lo acontecido en la calle del Turco con el mantenimiento del orden público. Desde que se tuvo la primera noticia del atentado, el Gobierno había puesto todo de su parte para evitar que los fantasmas de la revolución y el desorden retornasen a la capital de España. Quizás por eso se estaba procediendo al desarme de los batallones republicanos, obligados por la autoridad a entregar sus armas, algo que no había sido acogido de buen grado por los indignados republicanos.⁷⁵¹ Pero esta acción también podía responder a las suspicacias de algunos, que consideraban a este grupo político como el principal sospechoso de haber planeado y perpetrado el atentado contra el conde de Reus.⁷⁵² Por otro lado, según la prensa, el penúltimo día del año de 1870 amanecía con treinta detenidos con motivo del crimen de la calle del Turco.⁷⁵³

Las horas del 30 de diciembre de 1870 avanzaban y, con ellas, aumentaba la fiebre del paciente del palacio de Buenavista. El general Prim, consciente de su gravedad, preguntó por el día en que se encontraba. Uno de los correligionarios que le acompañaba en tan grave hora, el general Sánchez Bregua, le respondió y Prim replicó: «Hoy desembarca el rey y yo me muero»⁷⁵⁴. La calentura, hasta ese

⁷⁵¹ *La Época*, 29-XII-1870, p. 2 y *La Correspondencia de España*, 29-XII-1870, p. 3.

⁷⁵² Uno de los redactores del diario republicano radical *El Combate*, preso en la cárcel del Saladero a causa de participar en dicho medio, enviaba una carta (publicada en varios periódicos) en la que se defendía de las acusaciones vertidas contra él y sus correligionarios, aprovechando para remarcar su reprobación al crimen cometido y recordando que «podrán combatir con energía la situación que simboliza el general Prim, pero siempre con franqueza, y nunca con intenciones dañadas, ni menos con actos que condenan las almas honradas y la moral universal». *La Época*, 30-XII-1870, p. 3 y *El Imparcial*, 30-XII-1870, p. 3. *La Igualdad* ponía nombre a su correligionario, Francisco Rispa Perpiñá y, además de reproducir su escrito, mostraba su solidaridad y apoyo. *La Igualdad*, 30-XII-1870, p. 3.

⁷⁵³ Aunque la información sobre los detenidos no está específica como en días anteriores, dicha cifra puede leerse en *La Discusión*, 30-XII-1870, p. 1 y *La Correspondencia de España*, 30-XII-1870, p. 4.

⁷⁵⁴ *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 1. Precisamente, ese mismo día había llegado a Cartagena el nuevo rey de España, Amadeo I de Saboya.

momento normal a causa de sus dolorosas lesiones, aumentó, hasta tal punto, que, hacia las seis de la tarde, le produjo una «intensa congestión cerebral». Enterado de la gravedad de la situación, el regente Serrano –vestido de uniforme– reunió a los ministros y presidió el Consejo en el mismo palacio de Buenavista, donde se prepararon para mantener el orden y hacer frente a las posibles revueltas que podrían acompañar a la noticia del fallecimiento de Prim. Finalmente, y como estaba previsto desde la caída de la tarde, nada pudieron hacer los doctores Losada, Toca, Sunsi, Saura, Martínez, Molina, Vicente Hedó y Arranz, que certificaron el deceso del general Prim pocas horas después.⁷⁵⁵ Francisca Agüero, viuda de Prim, lloraba desconsolada al lado de su difunto marido al tiempo que se anunciaba que dispondría de honores de capitán general del Ejército y que sería nombrada Duquesa de Prim con Grandeza de España. Poco consuelo para una mujer que, pese a la multitud de mensajes de apoyo, debía dejar al hombre amado en manos del doctor Simón, encargado del embalsamamiento del cadáver⁷⁵⁶.

La noticia monopolizó la sesión de las Cortes que, reunida horas más tarde y enterada del fallecimiento de su presidente por el ministro de Hacienda, Segismundo Moret, aprobó por unanimidad nombrar a Juan Prim benemérito de la patria.⁷⁵⁷ La nueva llegó también al alcalde y a la fuerza ciudadana, que se movilizó

Su primera acción en España fue telegrafiar a la esposa de Prim, interesándose por el estado de salud del herido. *El Imparcial*, 31-XII-1870, p. 3 y *La Discusión*, 31-XII-1870, p. 1.

⁷⁵⁵ La hora del fallecimiento varía de un medio a otro, siendo la más repetida las 08:45 de la tarde. Sobre los detalles del fallecimiento véanse *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 1; *La Discusión*, 31-XII-1870, p. 1; *La Época*, 31-XII-1870, p.3; *La Esperanza*, 31-XII-1870 y *El Imparcial*, 31-XII-1870, p. 1.

⁷⁵⁶ *La Iberia* dedicaba una columna de su primera página a la condesa de Reus, *La Iberia*, 31-XII-1870, p. 1; por otro lado, el hijo varón de Prim, Juan Prim y Agüero sería nombrado Duque de los Castillejos con Grandeza de España, *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 1 y 3; *La Época*, 31-XII-1870, p. 3; *La Iberia*, 1-I-1871, p. 1 y *La Discusión*, 1-I-1871, p. 3.

⁷⁵⁷ *La Iberia*, 31-XII-1870, p. 1; *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 2 y *La Discusión*, 31-XII-1870, p. 1.

rápidamente para evitar los posibles desórdenes que podían sobrevenir a tan desgraciado acontecimiento.⁷⁵⁸

Sábado 31, ¡Prim ha muerto!: el entierro.

La noticia del fallecimiento del general Prim se difundió rápidamente por la ciudad de Madrid. De esta forma, a primera hora del 31 de diciembre, pocos eran los madrileños que no conocían el fatal desenlace. El cadáver del conde de Reus yacía en los salones de la presidencia del Consejo de Ministros, para ser luego trasladado a la basílica de Atocha, donde sería expuesto al público. Escortado por tropas del Ejército y por altas personalidades de la política española del momento, en un desfile caracterizado por una «concurcencia numerosísima», su cuerpo fue conducido sin incidentes hasta la céntrica basílica madrileña.⁷⁵⁹ En esa comitiva no se encontraba Francisca Agüero, viuda de Prim, que se hallaba extenuada y había caído desfallecida al ver el cadáver de su esposo abandonando el palacio de Buenavista. Al recobrar la consciencia recibiría la visita del regente, que acudió desde la basílica de Atocha a interesarse por su estado.⁷⁶⁰

Por otro lado, las investigaciones policiales seguían su curso y, aunque la prensa tenía claro que se averiguaría quiénes fueron los autores del crimen, una importante noticia llamaba la atención de medios como *El Imparcial*. El gobernador civil de Madrid, Rojo Arias, dimitía de su cargo el último día de 1870. Entre las razones que explicaban tal decisión se encontraba la «honda pena que le ha causado la muerte del general Prim»⁷⁶¹.

⁷⁵⁸ *La Iberia*, 31-XII-1870, p. 1; *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 1 y *El Imparcial*, 31-XII-1870, p. 1-2. Por otro lado, los ministerios de Guerra y Gobernación, emitieron una circular que, además de dar la triste noticia, transmitía las órdenes necesarias para evitar desmanes y alteraciones, véanse *La Época*, 31-XII-1870, p. 3 y *La Esperanza*, 31-XII-1870, p. 3.

⁷⁵⁹ *La Correspondencia de España*, 31-XII-1870, p. 3 y 01-I-1871, p. 1 y 3; *El Imparcial*, 1-I-1871, p. 3.

⁷⁶⁰ *La Correspondencia de España*, 1-I-1871, p. 3.

⁷⁶¹ *El Imparcial*, 1-I-1871, p. 1 y *La Correspondencia de España*, 1-I-1871, p. 2.

Mientras el cadáver del que fuera presidente del Consejo de Ministros descansaba en la basílica de Atocha, su viuda, desconsolada y sin querer moverse de su residencia de Buenavista, recibía una infame carta anónima en la que se podía leer «Nos hallamos muy satisfechos del éxito de nuestra obra, y la continuaremos sin descanso»⁷⁶². Pese a las detenciones realizadas, este hecho muestra que alguno de los enemigos acérrimos del general que celebraba lo ocurrido, escapaba aún a la Justicia; su rostro no era conocido por las autoridades y efectivos policiales del momento y, tal vez, aún hoy permanezca en el anonimato.

Conclusiones.

A raíz de la investigación realizada, estamos en condiciones de afirmar que la prensa coetánea al suceso se mostró unánime: ningún medio dudó nunca en condenar el crimen cometido contra el presidente del Consejo de Ministros, aunque es cierto que no todos lo hicieron con la misma contundencia. Sin embargo, si descendemos al detalle, cada periódico hizo gala de su ideología, y el modo de tratar el atentado varió notablemente de un diario a otro. Así, estamos en condiciones de afirmar que, en este caso, cada medio antepone la creación de estados de opinión entre sus lectores a la información sincera y veraz. Las tesis de cada uno de los diarios son fácilmente identificables: los medios progresistas, afectos al gobierno de Prim (*La Iberia* y *El Imparcial*), dejaban patente la fortaleza de su partido, incluso tras la pérdida de su líder indiscutible, y presentaban un general Prim amado y venerado por todos los españoles, que jamás permitirían que su obra se destruyese por medio de revueltas y algaradas. Justo en el extremo contrario se hallaban los periódicos republicanos y democráticos (*La Igualdad* y *La Discusión*), que defendían que, muerto Prim, el progresismo español dejaría de existir, (una tesis en la que coincidían con *La Esperanza*). Además, su preocupación se centraba en dos aspectos: la sustitución de Prim por el unionista Topete, mucho más alejado, políticamente, de la ideología republicana; y la, más que posible, pérdida de libertad que acompañaría a la muerte del presidente del Consejo (*La Época* y *La*

⁷⁶² *La Esperanza*, 2-I-1871, p.1.

Esperanza), mostraban su nerviosismo en torno al orden público. El atentado había tenido lugar por culpa de la incompetencia de un Gobierno que estaba descuidando el orden público. La seguridad en las calles y la estabilidad del sistema eran las dos obsesiones principales de estos medios.

La prensa también fue escenario de diversos cruces de acusaciones y sospechas. En primer lugar, los medios hablaban de la presencia de personas sospechosas que deambulaban por el centro de Madrid el día del atentado. Estos recelos apuntalan la tesis que afirma que Prim fue avisado, el mismo día 27 de diciembre, de que se preparaba un nuevo intento de asesinato contra él.⁷⁶³ Si los periodistas se habían dado cuenta de este hecho, es inverosímil pensar que la policía no hubiese sospechado también. ¿Por qué no actuó entonces? Los diarios se limitan a denunciar la escasa presencia policial en la zona, aunque no señalan a nadie que no sea el gobierno (del que Prim era el máximo responsable), es decir, acusan al gabinete Prim de incompetencia y de una relajación de los efectivos destinados al orden público, pero no exigen responsabilidades a los inmediatos superiores de los agentes, es decir, el gobernador civil de Madrid, Ignacio Rojo Arias, y el ministro de Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta, ni mucho menos opinan que ambos pudiesen estar involucrados en el crimen.⁷⁶⁴

En segundo lugar, los que sí fueron tildados de sospechosos, por parte de la prensa, fueron los republicanos. Desde el mismo instante en que se tuvo noticias del crimen, el foco se fijó en ellos,

⁷⁶³ Prim ya había sufrido dos tentativas de asesinato en los meses de octubre y noviembre de 1870. En este caso, Donézar afirma que Bernardo García, director de *La Discusión*, entregó al propio Prim una lista de sospechosos el día 26 por la mañana; Javier María Donézar, *Prim. Un destino manifiesto*, *op. cit.*, p. 550. Sin embargo, Pere Anguera cuenta en su obra que la lista fue entregada el mismo día 27 por la mañana. Pere Anguera, *El general Prim. Biografía de un conspirador*, *op. cit.*, p. 612.

⁷⁶⁴ Años más tarde, Paúl y Angulo, sí acusará directamente –entre otros– a la policía de participar en el asesinato de Prim; sin embargo, en su opinión, los agentes no actuarían por orden del ministro o del gobernador civil sino al servicio del regente, Francisco Serrano. José Paúl y Angulo, *Los asesinatos del general Prim y la política en España*, París, Dentu, 1886, p. 71-73.

como demuestra que el 29 de diciembre *La Igualdad* ya publicó artículos defendiéndose de las acusaciones vertidas contra ellos y sus correligionarios. Es cierto que sus opiniones, publicadas especialmente en *El Combate*, sumado a la desaparición de su director, José Paúl y Angulo, no ayudaban a exculpar a los republicanos pero las pruebas aportadas contra ellos –al menos en la prensa de diciembre de 1870– no parecen suficientes para probar su participación en el magnicidio. Por otro lado, los que no figuran, al menos en estos días inmediatamente posteriores al suceso, fueron los partidarios del duque de Montpensier y los agentes del general Serrano, que, en el futuro, acabarán incluidos en la lista de sospechosos principales. En esa lista deberían aparecer los autores de la carta que la viuda de Prim recibió poco tiempo después del suceso. Ese documento es citado por algunos periódicos consultados para este trabajo, sin embargo, su eco en la historiografía ha sido mínimo.⁷⁶⁵

En lo relativo a las noticias acerca de la evolución médica del herido, es curioso que la información transmitida a los españoles (hasta el mismo día del fallecimiento) fuese que no se temía por la vida del general; tan solo *La Esperanza* recordaba que su estado era grave. *El Imparcial* afirmaba que el día 30, el herido empeoró súbitamente y falleció repentinamente. Sin embargo, medios como *El País* aseguraban (el 31 de diciembre) que Prim se hallaba gravemente enfermo antes del día del deceso y esa información se ocultó. Es más, el propio diario *El Imparcial* llegó a reconocer que el estado real del paciente se ocultó por «altas razones de Estado», lo que irritó a medios como *La Esperanza*. Es posible que no se diesen muchos detalles a la prensa por motivos de seguridad, lo que explicaría la desinformación. Esto supondría la aceptación, por parte del Gobierno, de cierto temor a la reacción de los españoles –especialmente republicanos– si se les comunicaba que Juan Prim y Prats se hallaba en su lecho de muerte o había fallecido en el momento en el que el rey Amadeo I, cuyo pilar fundamental era,

⁷⁶⁵ *La Esperanza*, 2-I-1871, p. 1 (ya citado); *La Época*, 2-I-1871, p. 3 y *El Imparcial*, 2-I-1871, p. 2. Rueda Vicente la reprodujo en su obra pero no hizo comentario alguno sobre ella: José Andrés Rueda Vicente, *¿Por qué asesinaron a Prim?, la verdad encontrada en los archivos*, op. cit., p. 297.

precisamente, el general Prim, viajaba con destino Cartagena. De esta forma, no parece casualidad que se diese la noticia del fallecimiento del herido poco después del desembarco del nuevo Rey en nuestro país.

Por último, es necesario señalar la dificultad de reconstruir lo sucedido en la calle del Turco empleando tan solo la prensa del momento. Las primeras versiones, pese a encontrar informaciones copiadas de un medio a otro, varían mucho, impidiendo que los lectores y lectoras conociesen con exactitud lo acontecido en la tarde del 27 de diciembre de 1870. El plan de los asesinos, la actuación del cochero, las heridas sufridas por Prim, su evolución médica e incluso los sospechosos detenidos —y sus confesiones inexistentes—, no quedaban claras en los últimos días de 1870 y primeros de 1871. Aunque posteriormente la historiografía se ocupó de matizar y corregir algunas de estas versiones,⁷⁶⁶ no podemos dejar de pensar

⁷⁶⁶ Algún medio, tratando de explicar lo sucedido en la calle del Turco, llegaba a afirmar que la detención del coche del general se debió a un hecho fortuito: *El Imparcial*, 2-I-1871, p. 2., y *La Igualdad*, 2-I-1871, p. 2. Lo cierto es que, como han demostrado Pedrol Rius y Javier Rubio, todo respondía a un plan minuciosamente preparado por los criminales, que, además, no solo estaban listos para actuar en la calle del Turco. Antonio Pedrol Rius, *Los asesinos del general Prim (aclaración a un misterio histórico)*, *op. cit.*, p. 38- 39; y Javier Rubio, *Juan Prim; sus años de gobernante, su asesinato: una revisión necesaria*, *op. cit.*, p. 620.

En cuanto a la actuación del cochero, como se ha comentado más arriba, periódicos como *La Esperanza*, 28-XII-1870, p. 3, aseguraban que el conductor de la berlina del general Prim no dudó en castigar a los asesinos con su látigo. Esto, en opinión de Pedrol Rius, puede considerarse leyenda: Antonio Pedrol Rius, *Los asesinos del general Prim (aclaración a un misterio histórico)*, *op. cit.*, p. 39.

Por otro lado, la descripción que se daba de uno de los criminales, que el propio conde de Reus reconoció (véase nota 33), no coincide con lo expuesto por Pedrol, quien afirma que el asesino era «barbudo y bajo». Antonio Pedrol Rius, *Los asesinos del general Prim (aclaración a un misterio histórico)*, *op. cit.*, p. 34.

Finalmente, ya se han apuntado las diferentes versiones que la prensa daba de las heridas del general y su estado tras el atentado (véanse notas 21 y 23). Como es obvio, no todas coinciden con los partes médicos e informes que los facultativos estaban realizando al herido en el palacio de

que todas estas imprecisiones, rumores, mitos y leyendas vertidas en la prensa contribuyeron a aumentar el misterio que, aún hoy, rodea al crimen.

Buenavista. El también médico Alfonso de la Fuente Chaos analizó dichos documentos en la obra de Pedrol: *Informes médicos* por Alfonso de la Fuente Chaos en Pedrol Rius, *Los asesinos del general Prim (aclaración a un misterio histórico)*, *op. cit.*, p. 137-149.